

## El Intelectual y la Política\*

POR: ROLF SCHROERS

Ante todo quiero agradecer a la dirección de esta Casa por la oportunidad que me ha brindado de entablar con Ustedes un diálogo sobre problemas que nos son comunes, y que, justamente, por esa comunidad, son testimonios de nuestra unidad europea-occidental y de las estrechas relaciones que tradicionalmente, y por encima de toda aventura política, han unido y, espero, unan la patria de Goethe, Schiller, Hölderlin; de Heidegger, Thomas Mann, Dilthey, Max Weber, con las Patrias de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Manuel González Prada, César Vallejo, Neruda, Barba-Jacob, Silva, Borges, en una palabra, de un mundo cultural de inexplorada riqueza y de insólito brillo. Yo espero que la meditación de estos problemas comunes nos una más aún y que esa unidad fortalezca la función de la inteligencia en una época tan compleja y problemática como la nuestra.

El tema sobre el que quiero meditar con Ustedes, trata de una cuestión, que hoy por doquier en el mundo —en el llamado viejo, como en los muchos nuevos— mueve a los hombres. Es el de la relación del intelectual con la política, y el de la relación del político con el intelectual. Estas relaciones son hoy, en todo lugar, problemáticas. La relación entre los dos es, seriamente, tensa. Ciertamente: la tensión se expresa diferentemente, de modo confuso, pues las realidades son diferentes. Y la disputa entre el intelectual y el político se refiere a realidades. De ahí el que se llegue en ella al concepto de Engagement, de compromiso. Si las diferentes realidades no fueran demostrables, como diferencias conceptuantes en la relación entre intelectual y político, tendríamos que poner en duda la gravedad decisiva del Engagement. Por el

---

\* Conferencia sustentada en el Local de la Facultad de Letras (Ciudad Universitaria).

contrario, es claro de por sí, que una realidad comunista plantea problemas diferentes de los que plantea una realidad capitalista o colonial. Es claro de por sí, pues, que el intelectual en la esfera de poder de una ideología policiaca está sometido a condiciones diferentes de aquellas a que está sometido en la esfera de visiones del mundo pluralísticas. Realidad, en este sentido, es siempre una realidad políticamente determinada, y en cuanto tal es realidad como polaridad del intelectual. Este, en cuanto individuo, se pone al frente de intereses firmes que se han establecido en la forma de órdenes establecidos.

Me parece —y más adelante trataré de demostrarlo y fundamentarlo en detalle— que por doquier los intelectuales se dan a su tarea a partir de igual impulso, que por ello —si bien con métodos diversos y metas diferentes— tienen un estilo igual, y que ellos mismos, por eso, pueden entenderse mutuamente cuando son mutuos opositores. De los políticos no puede decirse lo mismo.

Hoy no es poco el trabajo cerebral que se presenta con la pretensión de ser intelectual. Frente a ello ha de definirse el concepto de intelectual —para poder aplicarlo aquí productivamente— de tal modo que él no implique ningún trabajo u operación que puedan llevar a cabo funcionalmente los cerebros electrónicos. Por su impulso, el intelectual es la espontaneidad humana, liberada para sí misma. El que el intelectual necesita conocimientos, disciplina científica e inteligencia, es algo que afecta el requerido arsenal de instrumentos y su exacto sentido de la realidad —no empero la esencia de su espontaneidad. Justamente en nuestros días son los universitarios —y lo digo sin tono peyorativo— muchas veces trabajadores especializados altamente cualificados, con inteligencia altamente entrenada, pero de ningún modo intelectuales.

Del político, se diferencia el intelectual por la aplicación del poder. Es preciso conceder que los intelectuales no siempre conciben y comprenden esta diferencia y que tampoco habrán de concebirla y comprenderla. Pero ello no suprime la diferencia, sino la intelectualidad como nota característica esencial.

Yo parto y propongo pues una diferencia entre el intelectual y el político. Y agregó que esa diferencia es una diferencia específicamente moderna — una diferencia que data, epocalmente, desde el acontecimiento de la Ilustración europea. El intelectual moderno surge en el momento en el que se declaró la libertad personal y la intocable dignidad del individuo como derecho humano. Con la Ilustración triunfa la exigencia y el reclamo de libertad per-

sonal para cada individuo contra toda exigencia y ambición absolutistas, y la Revolución desplazó el orden político del absolutismo. Se trató aquí y se trata de un triunfo del intelectual.

Este triunfo, no ha sorprendido, a nadie, tanto como a los intelectuales mismos. La Revolución Francesa los puso, y no sólo en Francia, en enojosa situación. Ellos no estaban preparados para la dirección política, no tenían voluntad de dirección política, y allí en donde sucumbieron a la seducción contra su voluntad, el resultado fue siempre negativo. Los intelectuales dieron siempre sólo una representación teatral de huéspedes en el escenario de las tribunas revolucionarias, y rara vez actuaron como buenos actores. El papel del político no está cortado y escrito a su medida, pese a los muchos engaños e ilusiones de sí mismos, que por lo demás se multiplican. Sin embargo sucedió, y sigue sucediendo, que los intelectuales preparan revoluciones, que luego les entablan el proceso. Esas son fatalidades de la profesión que los intelectuales deben aprender a aceptar. Pues el que hayamos dicho que hay un límite esencial entre el intelectual y el político, no excluye el que haya quebrantamientos y desatención de esos límites, y ocasionalmente, en casos de excepción, son ineludibles. Pero es igualmente ineludible el que se presenten luego las cuentas de cobro, tal como lo enseña la experiencia. En cambio, no conozco yo caso alguno en el que un político se haya convertido en intelectual.

Así como el intelectual sucumbe al fenómeno del poder — como el momento estético de la política, así también mantiene su acento el enconado desprecio que cultiva el político de sangre frente al intelectual. Eso es comprensible, pues el intelectual ni tiene poder, ni deja a los poderosos en paz. El intelectual es el fermento destructor de la sociedad — y con ello recibe también a la vez su nombre injurioso y discriminatorio. Le falta, como dicen algunas de las críticas, lo constructivo. Quizá más bien es que tiene él algo de la incomparable verdad de la muerte, que niega y crea espacio para lo nuevo.

Cité la Ilustración como la fecha epocal de la aparición del intelectual en la Historia. Desde entonces, el intelectual es parte integrante de la sociedad moderna. Tal vez dotado de la especial tarea de ser perro guardián de la libertad, ganada revolucionariamente, de lanzarse contra todo intento de oprimir esta preciosa libertad personal. En el curso de doscientos años han logrado los intelectuales el que las proclamaciones de los derechos humanos

de libertad crezcan y estén ligados íntimamente en la retórica política, si bien aún no en la realidad política. La libertad se promete y garantiza en todo lugar. Todos los políticos del mundo luchan por la libertad, si bien con matices notablemente variados.

El progreso industrial sirve a la liberación de los hombres, y puesto que la necesidad realmente esclaviza, puede el progreso citar firmes y perceptibles argumentos en su favor, que ocultan otras consecuencias. Pero el que la civilización técnica disminuye realmente la necesidad: ello sólo pueden afirmar sentimentalmente y considerarlo como la causa de su génesis. Además, no hablan en su favor coincidentemente, todas las consecuencias. Ello no quiere decir que nos encontramos frente a un engaño, pero sí que tales argumentos son engañosos.

El político, que habla de libertad, indica y tiende con ello a otra cosa distinta de lo que indica el intelectual con la misma palabra. Se podría decir que él da a entender algo objetivo, que empero, como gracias a su experiencia intelectual lo sabe éste, sólo hay subjetivamente; y que él lo da a entender no en el sentido de la mala y romántica sentimentalidad que Hegel condena, que concretamente no tiene efecto, sino en el sentido del engagement con la realidad a mano.

Nuestro tema tiene muchas esquinas, y yo sólo puedo tratar de abrir en la densidad compleja un claro, a partir de mi experiencia personal y juzgando su problemática desde ella. La calle amplia y cómoda es siempre un callejón sin salida; es el callejón que en todo el mundo pretende despejar con bellos y humanitarios versículos, para presentarse y ganarse alegóricamente a las gentes. Quien habla de libertad chorrea cabalmente nobleza y hace llorar a los pobres esclavos que aún no tienen la libertad y que siempre languidecen bajo el puño del enemigo. Además, ante la libertad no hay contradicción alguna, ni siquiera aunque consista en frase. Naturalmente, los intelectuales saben también simular en este terreno o saben y pueden engañarse tanto como el reprochado político. Pues los intelectuales no son, por profesión, tontos. Pero no podemos gastar el tiempo interesándonos en versículos baratos de esta clase, que o bien sirven a la estupidez o de manto a la malicia.

La cosa misma es demasiado seria y no soporta el embellecimiento humanitario ni la propaganda barata. Se trata de lo siguiente: el intelectual es aquel que en la sociedad moderna formula la tarea, a la política, allí en donde está en debate la libertad con-

creta. Tal es el acontecimiento que el intelectual produjo en la historia. Los intelectuales son la configuración de la provocación de la libertad. El individuo hace de la política su esclavo, no es ya ni más, al revés, esclavo de la política. El intelectual formula y pronuncia la libertad, para que el político, la realice y la cumpla. La política ha sido y seguirá siendo en la época moderna una política pendiente de la legitimación *mediante*, y por el intelectual — como vocero de la libertad del individuo. No acepta esa legitimación, entonces la política se convierte en la más sombría administración del inhumano poder.

Los políticos no se han habituado hasta ahora, y ni siquiera los intelectuales han reconocido con suficiente indeclinable agudeza esta verdad social de nuestro tiempo. Así que la realidad social de nuestro tiempo ha permanecido en estado turbio y es como es. El político siempre ha querido ser su propio mandatario y mandante —¿cómo sino, sería entonces político? Pero me parece que su potente activismo no habrá de impedirle por largo tiempo ya el penetrar este engaño. El poder en cuanto poder y como tal no es ya en la política una legitimación suficiente, no lo fue ciertamente nunca. Desde la ilustración, la legitimación para nuestra época histórica debe provenir del espíritu. Pero el espíritu no es ya la iluminación inmediata, quizá religiosa del poder, que transmite el espíritu como historia, sino el espíritu es la evidencia de la libertad concreta del individuo. El que no podamos poseerla absolutamente, el que ella sea históricamente realizable sólo como infinita aproximación y asedio, es lo que da al intelectual su puesto y su lugar. Tiene un nombre políticamente conocido y por desgracia aún con sonido que produce cierto malestar: el de la permanente revolución. Y cómo podría ser de otra manera, si estamos firmemente convencidos de que cada ser viviente nacido en esta tierra tiene su incambiable y única originalidad, la que — cuando se habla seriamente de libertad — debe y tiene que realizar, lo cual, a su vez, sólo puede acontecer cuando cada individuo obra libremente en este mundo. Libre: ésto es, según la ley de su individualidad.

La libertad del individuo es el criterio absoluto de toda sociedad moderna; la libertad no es desplazable, ella tiene un lugar en la tierra. Y por eso justamente es ella la garantía de la tolerancia, que excluye el anarquismo craso, en el que debe pensar aquel que sólo piensa políticamente, es decir, quien sólo puede pensar desde la perspectiva de órdenes garantizados en modo legal.

Este momento de la tolerancia ha de ocuparnos por unos instantes, si es que no queremos satisfacernos con una frase débil y múltivoca. Se oye decir a los políticos, que no han comprendido la esencia de su más propia cuestión; se les oye con frecuencia pronunciar la fórmula de que tolerancia consiste en que la libertad del uno encuentra su límite en la libertad del otro. Pero eso es la engañosa negación de la esencia de lo político, que justamente es el campo de disputa de las libertades. Los políticos que no se han dado con la libertad no pueden definirla de modo mejor.

Justamente, cuando concebimos de modo más riguroso el concepto de individualidad emancipada, que legitima la sociedad moderna; cuando lo concebimos en su singularidad genérica original e inconmensurable como fuente innata, dada desde el nacimiento, de la espontaneidad humana; justamente entonces concebimos también la fragilidad fundamental de la existencia individual, su condicionalidad absoluta por la originalidad que la constituye. Eso puede ilustrarse de modo muy sencillo en los datos externos de cualquier existencia, de la mía por ejemplo: soy alemán, nacido en mil novecientos diez y nueve, tuve un hermano pintor y que fue destrozado en la segunda guerra mundial por las ametralladoras de un bombardeo. Mi padre fue General, mi madre hija de campesinos. Me casé en mil novecientos cuarenta y dos, fui oficial alemán, tengo cuatro hijos, una hija entre ellos, viví la República de Weimar, el régimen de Hitler, soy ciudadano de la República Federal Alemana, vivo en un pueblo cerca del Rin. A un cerebro electrónico le bastarían ya pocos datos para identificarme. No he mencionado ninguna de las experiencias íntimas, espirituales e intelectuales que nos hacen que nosotros mismos nos conozcamos, ni recuerdo alguno, de esos que unen el humo ondeante de una chimenea de campo con el canto de un pájaro, con los pasos de una mujer, con las lágrimas súbitas de la madre; no he mencionado pues ninguno de aquellos momentos en los que el sentimiento de la propia vida logra la intensa certidumbre que es propia de un poema. Y Ustedes saben que la preciosidad de un momento tal es a la vez inseparable, sí, idéntica con la fragilidad. Es un momento de dulzura desgarrante, en el que yo soy completamente yo y ya destruido, así, como cuando se previene la muerte. Es el momento filosófico — en el que conozco mi fragilidad. A quien yo le recuerde, por indicación a altos momentos de la propia vida; él sabe también que los acompaña una vorágine.

Yo quiero suponer que tal experiencia del ser es una experiencia del encuentro con la verdad (y que ciertamente puede expresarse de otra manera; yo me satisfago con dar testimonio inequívoco de lo que quiero decir); yo quiero suponer pues que tales experiencias de la existencia constituyen la fuerza que nuestra época somete al individuo. Y justamente bajo el signo de la exacta tolerancia, pues la conciencia de su fugaz singularidad sitúa la variedad del otro antes ya de toda reflexión, con el instinto de la experiencia, en su derecho. En la visita de la felicidad se descubre ya su fragilidad, pues ninguna sino ésta mortal e irrepetible puede venirme de mí mismo, ninguna, sino lo Otro en el encuentro que en vez de aniquilarlo lo busca o aún lo despierta. Con tales pensamientos nos quedamos en el reino de sombras de la sicología, nos afincamos en los sueños intemporales, sin compromiso o en las melancolías del cansancio, nos llevamos, fomentándolo y obrando, este momento humano de la decisión interior hacia la vida que tan sólo por esta acción constituye la vida moderna, su verdadera promesa.

El intelectual sabe que aquí hay un tesoro de posibles modos humanos de ser, que pueden emerger y que hay que hacer emerger a flor de tierra, que las virtudes de necesidad de los viejos nacionalismos y las deformaciones de las ideologías contemporáneas las hacen pasar como si fueran superstición de épocas paganas. Pero él no olvida que su sueño de la libertad de los muchos que constituyen la humanidad puede ser una fata morgana, cualquiera que sea lo que le promete su fe.

Las palabras con las que hablamos de la cuestión deben ser ahora más perfiladas y duras, aunque se ensombrezca un poco del brillo de tales auroras. Vivimos en el siglo de las aniquilaciones en masa, de las discriminaciones totales, del automatismo de la división del trabajo, de la sórdida administración de todas las necesidades y menesteres, y nada es más raro que lo que fomenta el siglo, que aquello de lo que está sediento, como si fuese su secreto sentido: nada es más raro que un hombre libre. Queremos decir: su marcha, que debe ser erguida, como lo dice el filósofo Ernst Bloch; su marcha, pues, no la detendrá nadie, si él, que por siglos miró al más allá, dirige su mirada en nuestro tiempo a la tierra. El intelectual es su adelantado o no es nada, ni siquiera intelectual. Yo espero haber puesto en claro lo que llamé al comienzo el impulso común de todos los intelectuales por encima de las contradicciones que surgen ante la realidad a mano. La liber-

tad es la puerta de entrada de la verdad del mundo, fundada en el individuo. La política amenaza siempre el cerrar esta puerta.

Es tiempo de que pongamos nuestra atención en el concepto de lo político. El descontento de la política es tan general y de modo notable y justamente también entre los políticos tan extendido, que el intérprete que intenta nombrar lo político por su nombre casi se hace digno de castigo, sin que por ello dé algo así como una receta, ni mucho menos formule una discriminación. La política tiene que ver con el poder y no sólo pues con su manejo, sino con su pura posesión. Quien diga, y muchos intelectuales tienden a hacerlo, que el poder es malo, está ya listo de modo altamente moral con la política. Naturalmente que el poder no es malo y ni siquiera moral, sino que es el fenómeno político por excelencia. Sin la posesión del poder la política no puede proteger. El hecho de que el poder protege, es el que determina todo interés en el poder, tanto de aquellos que quieren saberse protegidos, como de aquellos que quieren proteger algo, como de aquellos en fin que quieren corromper lo que el poder protege, sean éstos enemigos internos o externos. La función protectora del poder presupone la posibilidad, y en ciertos casos la probabilidad del enemigo. Esta intelectio movió al jurista alemán Carl Schmitt, quien en su patria es un hombre tremendamente discutido, a determinar lo político según la teoría del amigo-enemigo. Nuestro presente ilustra esta teoría con el gigantismo de las armas atómicas. Debo repetir que no se trata de recetas animadoras, sino de intelección en la esencia de lo político y es un defecto ya de visión e intelección política el no querer aceptar la teoría del amigo-enemigo y para ello el de convertir al enemigo en delincuente. El poder, al ser preguntado si es bueno o malo no vacila en interpretarse él mismo como bueno, y a esta lógica sigue la discriminación moral del enemigo. Ese es el fin de toda tolerancia en el derecho internacional. Con delinquentes no se parlamenta, sino que se los elimina. Sin embargo, el juicio político sobre lo bueno o lo malo requiere para su fundamentación de una filosofía de valores, a la cual tienden todos los estados modernos, sea con las frases del facismo populista, con la promesa de la sociedad sin clases o de la libertad anticomunista de observancia pluralística. Nosotros hemos vivido algunas de las cruzadas que de allí nacieron, el mundo se ve ante armas encañonadas contra delinquentes potenciales.

El nuevo modo bélico del partisano da la prueba más insoslayable en el ejemplo del enemigo criminal; el nuevo modo bélico

no sigue, por su esencia, ningún orden obligante, porque todas las obligaciones están disueltas en la perspectiva de la filosofía de valores. No podemos cerrar los ojos ante el hecho de que la moralización de lo político, llevada a cabo de buena fé, para atar desconfiadamente el poder y quitarle así su filo, ha llevado por el contrario a que la política se haya hecho cada vez más cruel, y que hoy el temor ante lo tremendo solamente puede evitar el extremo y ya no más insuperable horror. La paradoja tocada aquí ha de ocuparnos más adelante. Antes debemos tratar otra norma política.

Hablamos de la función protectora de la política. De ahí se deduce inmediatamente la exigencia de obediencia. La relación entre protección y obediencia corresponde a la estructura interna de cada configuración política, así como la estructura externa del esquema amigo-enemigo. La prestación del poder, de proteger, corresponde a la exigencia del poder, de que se lo obedezca. La protección asegura contra el enemigo. La obediencia exige primariamente, con las consecuencias que allí se deducen, el acuerdo en la nominación del enemigo. Una forma clara de este acuerdo es la misión dada al estado del armamento que capacita al poder para la defensa. La situación de excepción de la guerra lleva a su más alto grado el deber de obediencia; el estado exige la colocación plena de la vida para la protección del bien más alto; sea el pueblo, el estado comunista de trabajadores y campesinos, o las libertades occidentales, etc. La imagen no es diferente en las situaciones revolucionarias.

Y ciertamente hay variantes más pacíficas de la relación entre protección y obediencia cuando en la discusión social se trata de los seguros de vejez, de las rentas de pensionados, de los seguros de enfermedad, cuando la prestación del estado con cada más de protección exige también un más de obediencia. O para decirlo en términos de política internacional: la protección que ofrecen los Estados Unidos a los países occidentales le crea a los Estados Unidos su situación de primera potencia. Y cuando el presidente francés rechaza esta situación de potencia, debe entonces, si quiere ser realista en política, crear las condiciones para poder protegerse sin ayuda norteamericana, tal como se lo propone ahora con su "force de frappe". Se trata aquí de algo semejante a la ley de los vasos comunicantes. También es claro que el deber de obediencia pone la libertad en tela de juicio, y en muchas cabe-

zas, no es igualmente claro el contexto ineludible de la obediencia con la prestación de protección y así hay numerosas mentes confusas que exigen un máximo de protección sin querer por ello una pérdida de libertad. Tal radicalidad puede ser simpática, pero pierde efectividad y operancia, porque desconoce la esencia de lo político.

Libertad absoluta, si es que la hay, no puede pretender protección extraña: ni siquiera la de la libertad de opinión protegida legalmente, si pensamos en conceptos políticos. Pues también esta libertad de opinión encuentra su límite en los intereses que requieren protección y que exigen obediencia. No podemos detenernos en el problema urgente de si la libertad de opinión puede ser aniquilada a causa de su latente peligro de modo totalitario por la manipulación de la opinión.

Desde el comienzo nos ha importado la libertad individual en su obligatoriedad rigurosa, de persona como norma de legitimación de nuestra época. Dar visibilidad a su rango nos pareció la misión de la época. Y el intelectual se nos presentó como la configuración de esta misión. La esencia de su actividad se descubre políticamente como la revolución permanente, es decir, como permanente desobediencia que en la historia se transforma en efectividad y operancia. Este concepto de libertad personal es extraordinariamente incómodo, pues él siente de antemano en su pureza la conciente falta de protección, una verdadera entrega y un abandono. El testimonio intelectual es la acción intelectual sin mediación; no puede ella inclinarse ante ninguna obediencia. También es claro que este testimonio es políticamente impotente, pues esquivo la obediencia y no ofrece protección: revela al hombre en su desnuda fragilidad, en la que empero se funda su soberana emancipación.

Esta emancipación y mayoría de edad puede ser sofocada por el confort. No desconocemos el que una norma que por causa de su verdad impele al hombre al abandono, lleva a cabo entonces una selección *elitista*. ¿Es inmodesto llamar la atención para esta selección sobre el intelectual? Puesto que entonces el intelectual representa la norma de la época, provoca él también la vergüenza de aquellos que no la cumplan. Y esta vergüenza se transforma fácilmente en odio. Allí donde se impulsa y anima el odio, la vergüenza se transforma en burla. Nuestro tiempo está lleno de ejemplos amargos. La tarea intelectual no es sugerente, ni invita, y podemos ver como prueba de nuestra afirmación de que en e!

intelectual aparece la tarea de la época en su configuración, el que esta figura del intelectual ha podido siempre reponerse productivamente de todas sus caídas y que ha renovado siempre la exigencia de una libertad humana. El intelectual no puede huír - su reino es de este mundo.

Intenté presentar el concepto en toda su pureza; sabemos que no se da en tal pureza. La libertad como exigencia incansable, tropieza con la presión y coerción a la obediencia, sin la que no existe la sociedad. El intelectual se ve siempre en la tentación de ligarse con un poder, de dar armas a su impotencia para realizar su verdad. Justamente el rompimiento de estos límites, es una de las experiencias de nuestro tiempo. La injusticia política como sistema provoca una toma de partido, y así se han encontrado intelectuales en todos los frentes revolucionarios de este siglo. Rara vez se los vio luchar en los ejércitos regulares, casi siempre estuvieron en el campamento de los partisanos, en la conjuración. Su argumento final fue su sangre. Tuvimos experiencia de situaciones existenciales en las que la palabra ya no daba de sí. La palabra es intermediaria, es portadora de un sentido, hace perceptible a la verdad. Pero hay hechos ante los que la palabra enmudece, hechos ante los cuales el hombre sólo puede responder con su existencia plena e íntegra. Entonces se recoge él, en la anónima solidaridad de la humanidad injuriada, que ejecuta su consigna de verdad. Aquí huye él de nuestra mirada, aquí no es él un ser especial.

«Jorge Puccinelli Converso»

No es esta situación existencial extrema la que tenemos en mentes, cuando nuestra crítica se ocupa ahora con el intelectual en la política, con el intelectual, pues, que tiende al poder político y que pretende imponer su conocimiento intelectual con medios y poder políticos? ¿No cabe acaso a su misión humana el orientar el poder? El límite sutil yace allí donde el intelectual en virtud de su poder exige obediencia, al final la impone allí en donde, siguiendo su convicción, le quita al otro la palabra o se la prohíbe. El cuando, él hace lo que el político siempre abierta u ocultamente hace. Que aspecto tiene ese hacer: como alemán lo tengo siempre ante los ojos en la muralla política en Alemania. Nada puede separar tan demostrativamente al intelectual del político como una muralla semejante, que el ojo despierto descubre en todos los campos políticos. Muros crean orden, separan amigo y enemigo. Es significativo el que el gobierno de la Alemania comunista llama a esta muralla una muralla protectora. Debo recor-

dar que de la protección se deduce obediencia. Y yo no tendría inconveniente en llamar a aquellos intelectuales, que levantan muros, traidores. Casi siempre son traidores traicionados, gente lamentable y digna de lamentar. La violencia no es argumento para y en favor de la libertad, a menos que sea la libertad de una colectividad en la amenaza, de un estado, de una raza, de una clase que no es la libertad personal normativa de la época, sino que en la amenaza o en la afirmación es puro retraso y reacción (y en caso dado la situación existencial que impele al intelectual a la solidaridad anónima de los injuriados). La experiencia de la injusticia política ejerce sus propias imposiciones. Pero la anormalidad no ha de confundir la mirada para el hecho de que aquí se trata de atavismos, si bien de actualidad brutal. Pero desde la Revolución francesa, los intelectuales en posesión del poder político vertieron sangre de intelectuales, y ciertamente no sólo su sangre. Ejecutan la filosofía de valores con ayuda de prisiones. En cuanto se convierten en políticos corrompen la política y hacen sospechosa a la inteligencia. Representan la doctrina esquizofrénica del mal menor para disculpar delitos militantes contra la conciencia de la libertad. Ensucian la verdad en beneficio de dudosos éxitos y dan a esta actividad el nombre de engagement. Lavan las manos sucias con sutilezas. Se han rebajado a ser instrumentos de su ideología. La norma concreta de la época, el hombre libre, emancipado, se ve llevado a extenderse bajo la manta de sus proyectos para lo colectivo.

Tenemos una medida insobornable para el proceso: el aburrimiento se extiende, el yermo administrativo de la ideología no se ve animado por ningún respiro de espíritu libre, del espíritu que ondea donde él quiere.

Hay muchos fundamentos de evoluciones totalitarias, y es desagradable el tener que reconocer que una dirección hacia el totalitarismo puede provenir justamente de la figura, cuya misión es la realización de la infinita variedad de lo humano. El intelectual que se sirve de los aparatos del poder político, para proveer de obediencia a sus ideas, se encontrará pronto como instrumento del poder, como un instrumento de idoneidad especial para la lucha contra el intelecto rebelde. Tales mentes desarrollan con rapidez un cinismo especial, semejante al de aquellos ricos que reprochan a los pobres su pobreza. Política y espiritualmente no han de abandonarse por largo tiempo. No olvidemos: no hay identificación posible entre el intelectual y un orden establecido.

El impulso ético y también y siempre el impulso estético del intelectual no puede convertirse inmediatamente, sin mediación, en político. Pues o bien pervertiría él la moral intelectual en el uso del poder y la haría hipocresía o el poder sería moralizado con las crueles consecuencias de la discriminación de todo enemigo existencial y su conversión en delincuente. Por demasiado tiempo han desconocido los intelectuales el peculiar rigor de lo político en cuanto tal. De ahí proviene otro error muy extendido y que dificulta el conocimiento de la situación: el de creer que su acción espiritual y moral de modo inmediato se dirige contra lo político mismo. Y eso no hace desaparecer naturalmente la política, ni puede mejorar lo político. No es adecuado. Es como si se quisiera golpear el horno con un martillo porque el fuego no arde. Esta torpeza se ve ya desplazada en la antecámara de toda decisión posible y considera la propia, disgustada iracundia como oposición dialéctica. Se comprende, pero no se disculpa, el que se acuse a los políticos de esta relación desproporcionada; el que se los acuse de rechazar la pretensión intelectual de dirección a causa quizá de esta falsa valoración de lo político. Estos políticos a su vez se facilitan su hacer cuando lanzan a las masas, a las que su libertad individual es aún oculta, o a las que ella les resulta demasiado incómoda, contra el intelectual.

El intelectual debe primeramente ser conciente de sí mismo. La libertad, concebida como la condición de la aproximación infinita a la espontaneidad de la verdad humana, debe sufrir su propia condicionalidad. Desengaños, errores son parte de ello. El intelectual se ha expuesto en esta época a toda imaginable situación existencial y ha reflexionado sobre toda situación existencial. Ha puesto en marcha la permanente revolución, y esa es la alternativa, si es que la civilización no ha de convertirse en desierto. Pero con cada nacimiento de un hombre se desata la rebelión y con ello nace la esperanza concreta en el hombre.

Quiero permitirme el resumir mi reflexión en una tesis que define la relación del intelectual con la política de la siguiente manera: La misión epocal es la realización de la libertad personal y de la persona. En el intelectual emerge esta libertad como figura. El demanda su libertad —en testimonio y concretamente— ante la política. La política requiere la legitimación intelectual, si es que ella quiere ser potente en la historia; pero ella no es inmediatamente ejecutivo intelectual, sino la cualidad del poder. No hay identificación pensable, sino solamente la comunicación del encuen-

tro revolucionario en permanencia. Así adquiere la época su tensión espiritual y la historia llegará a ser finalmente el lugar en el que surja el hombre libre.

El intelectual se hace cargo de la responsabilidad propia y no puede delegarla. El político se hace cargo de la responsabilidad de aquellos que lo delegan.



**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»